



STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM



La Educación del Soldado Shane

Por Robert Brooks

—Todos y cada uno de estos hombres y mujeres se ofrecieron como voluntarios —afirmó el Emperador Arcturus Mengsk—, y después de meses de sacrificios y un duro entrenamiento se han ganado un lugar entre los nobles Marines del Dominio. Ahora son parte de la vanguardia de la humanidad. Han elegido hacer frente a un universo implacable.

Los murmullos de aprobación resonaron entre la multitud que se había congregado en el gran salón. La luz del sol, que entraba por los altísimos ventanales del lado este, resaltaba la figura del líder del Dominio e iluminaba las cinco hileras de reclutas uniformados que lo escuchaban de pie.

Uno de esos reclutas era Geoff Shane que aún era un muchacho de diecinueve años pero estaba a punto de convertirse nada más y nada menos que en el soldado de Primera Clase Geoff Shane. Sin embargo, en su propia batalla personal llevaba las de perder. El esfuerzo que hacía por no sonreír le hacía arder la cabeza, y las comisuras de los labios se le seguían estirando contra su voluntad.

El emperador está hablando en mi iniciación. El mismísimo héroe de Korhal, en carne y hueso. Parecía irreal. Quería pellizcarse, pero no se animaba por miedo a romper la formación. Semejante comportamiento era impropio de un marine del Dominio.

—Aún enfrentamos amenazas muy graves. Dos razas alienígenas, salvajes y sedientas de sangre, nos observan con recelo —explicó Mengsk—. Y los marginados, los criminales y los disidentes siguen actuando en contra de los intereses humanos para rebelarse contra el Dominio.

El Emperador Mengsk escrutó las filas de reclutas nuevos.

—Pero hoy nos hemos reunido para honrar a estos reclutas, para celebrar sus logros. La instrucción militar ya terminó. Ahora, inician la senda que los llevará a derrotar a nuestros enemigos.

La mirada del emperador se posó sobre Shane que, sin pensarlo, giró la cabeza para mirar a Mengsk. Al instante, una sonrisa comenzó a dibujársele en la cara... Recordó demasiado tarde que debía mantener la vista al frente.

Volvió a girar la cabeza hacia adelante rápidamente. El Emperador Mengsk soltó una risa ahogada.

—Estoy seguro de que estos jóvenes héroes están listos y ansiosos por enfrentar cualquier desafío del universo, aunque quizás algunos necesiten un poco más de instrucción.

Las risas se multiplicaron en la multitud. Shane fijó los ojos en la enorme insignia de acero del Dominio que colgaba del techo detrás del púlpito de Mengsk, y la miró detenidamente mientras la cara se le encendía. A su pesar, la sonrisa volvió a aparecer. Sentía que nunca olvidaría ese momento.

Shane esperaba que el emperador continuase con su discurso. La multitud permanecía en silencio.

El tiempo transcurría lentamente, y el silencio aumentaba. El Emperador Mengsk seguía mudo.

A Shane le desapareció la sonrisa nerviosa. ¿Había pasado algo? No se atrevía a mirar. Mantuvo las manos cruzadas en la espalda y apretó los puños. Nada interrumpía el silencio. La ausencia total de sonidos causaba una sensación cada vez mayor de ensordecimiento.

Sintió que se le erizaba la piel. El salón no solo permanecía en silencio, sino que parecía vacío. Completamente vacío.

No se oían susurros, ni toses sofocadas, ni niños inquietos. No se oía ni siquiera una respiración. Nada que indicase la presencia de cientos de personas sentadas detrás de él, a escasos metros.

Shane sentía cómo le latía la sangre en los oídos y la frente se le llenaba de gotitas de sudor. Le empezó a doler la cabeza y el estómago se le estrujó de miedo. Siguió con la vista clavada en la insignia, con un temor irracional a mirar hacia el podio.

Imaginaba que el Emperador Mengsk, toda la multitud y todos los reclutas lo estaban mirando, esperando un nuevo error impropio de un marine del Dominio.

Solo una mirada, se dijo. Los minutos seguían pasando pero Shane no podía hacerlo. Apenas un movimiento de ojos, solo un segundo. Al emperador le pareció divertido antes. No le importará.

Shane seguía sin poder moverse. Quería que el discurso continuase. Quería oír las risas de la multitud. Cualquier cosa que hiciese desaparecer el dolor de cabeza y esa incómoda presión en el cráneo.

Finalmente, echó una rápida mirada. No lo podía creer. Giró la cabeza y miró en dirección al podio.

Mengsk se había ido.

También habían desaparecido los reclutas. Shane giró sobre los talones, aterrorizado.

No había nadie. Estaba completamente solo en el enorme salón vacío.

Quedó paralizado por la confusión. No era posible. Una persona podía irse sin hacer ruido pero, ¿cientos de personas? ¿Todos? ¿En un instante?

No, no todos. Una figura permanecía sentada en la última fila del salón, fuera del alcance de los rayos de sol que entraban por los ventanales. Era una figura grande y maciza, demasiado grande para caber con comodidad en los asientos.

Shane reconoció su aspecto. Era un marine. Un marine del Dominio con su armadura de combate.

—¡Ey! —Shane se sorprendió al notar el pánico en su propia voz—. ¡Ey!

No hubo ninguna reacción. El marine parecía tener la vista clavada en el suelo.

—¡Ey, tú! —gritó con fuerza Shane.

Nada. Ninguna respuesta. Un súbito ataque de furia invadió los pensamientos de Shane. Lo supo instintivamente. *Fue él. Ese marine.* La desaparición de toda la gente era culpa de ese marine. Tenía que ser culpa de él. Shane nunca había estado tan seguro de algo.

Se suponía que sería un día especial para Shane. Su graduación de la instrucción básica. El comienzo de una gloriosa carrera al servicio del Dominio. La furia estalló en su cabeza. Si era necesario, le arrancaría la armadura con los dientes a *ese marine*.

Shane respiró profundamente y gritó:

—¿Qué hiciste?

No hubo respuesta. Fue demasiado para Shane.

Avanzó a toda marcha por el pasillo central entre las filas de asientos vacíos, con los ojos fijos en el marine solitario. *Ese marine.*

Llegó a su lado en pocos segundos y se lanzó sobre la figura con un rugido que dejaba ver sus dientes y estirando los brazos para agarrarlo.

El marine no había hecho un solo movimiento, y no se movió hasta que Shane saltó en el aire.

En ese momento, miró hacia arriba.

La furia ardiente que quemaba a Shane se congeló en un segundo. El tiempo pareció detenerse. La presión en su cabeza aumentó hasta la agonía.

La cara que contemplaba al soldado de diecinueve años Geoff Shane era la cara desgastada por la guerra de Geoff Shane. Un Geoff Shane de más edad, con ojos inhumanos, que no reflejaban ninguna emoción.

Por el impulso, Shane cayó sobre el marine. Sobre sí mismo. Tocó la armadura con las manos extendidas. Estaba muy fría. Helada.

Shane parpadeó.

—Todos y cada uno de estos hombres y mujeres se ofrecieron como voluntarios —afirmó la imagen del Emperador Arcturus Mengsk—, y después de meses de sacrificios y un duro entrenamiento se han ganado un lugar entre los nobles Marines del Dominio. Ahora son parte de la vanguardia de la humanidad. Han elegido hacer frente a un universo implacable.

Se oyeron murmullos de aprobación en la multitud que se había congregado en el gran salón. La luz del sol entraba por los amplios ventanales que llegaban hasta el techo del lado este y resaltaba el holograma del líder del Dominio proyectado en el escenario.

A la luz del día, el holovideo de tamaño natural parecía brillar y resplandecer con fuerza. El carisma del Emperador Mengsk podía percibirse incluso a través de la imagen transparente, y dominaba el podio y las cinco hileras de reclutas que estaban formados enfrente.

El muchacho de diecinueve años llamado Geoff Shane, que estaba a punto de convertirse en el soldado de Primera Clase Geoff Shane, se mantuvo rígido y desbordado por el terror.

¿Qué era lo que acababa de suceder?

Un homicidio. Shane había intentado asesinar a alguien. *Intentaste matarte a ti mismo*, le susurró su mente. No. Había sido un sueño. Eso no podía haber sido real, de ninguna manera.

Se lo había imaginado todo. Había soñado que el Emperador Arcturus Mengsk visitaba en persona el acto de graduación de la instrucción básica, eso era todo. *Pasan cosas irracionales en los sueños*. Shane pensó que debía alegrarse de que, en su sueño, sus pantalones no hubiesen desaparecido también, junto con todas las personas.

¿Suele sucederte esto de quedarte dormido mientras estás de pie frente a cientos de personas?

lo desafió su mente. Shane se impacientó.

—Aún enfrentamos amenazas muy graves. Dos razas alienígenas, salvajes y sedientas de sangre, nos observan con recelo —dijo Mengsk.

Shane supuso que el discurso había sido grabado con anterioridad. ¿Cómo era posible que el líder del Dominio tuviese tiempo para ir a la ceremonia de graduación de instrucción básica?

A Shane le volvió a doler la cabeza. La presión le crecía en el cráneo como si su mente estuviese conteniendo la respiración y sintiese las primeras punzadas por la falta de aire. Ya era el dolor de cabeza más fuerte de su vida, y no disminuía.

Tragó saliva con dificultad y trató de concentrarse en el discurso del Emperador Mengsk.

Después de unos minutos, se dio cuenta de que el emperador había hecho silencio. Otra vez.

No. No era posible. Shane se arriesgó a mirar el podio. El holograma había desaparecido.

No de nuevo, pensó. Volvieron a desaparecer todos, estoy seguro...

Giró sobre los talones muerto de pánico, listo para salir corriendo. Las caras de casi mil ciudadanos del Dominio lo contemplaban.

Se quedó paralizado en el lugar. Le dolía mucho la cabeza. Los ojos se le movían de un lado a otro. ¿Los demás reclutas también lo estaban mirando?

No. Se habían ido. Todos los ojos de la multitud estaban fijos en él. Observó las expresiones en las caras: repulsión, temor, horror, ira, curiosidad. Lo miraban como si fuese un monstruo.

¿Y qué hice exactamente para merecer esto? La ira estalló en su interior. Otra vez.

—¿Qué están mirando? —preguntó con tranquilidad. No dejaban de observarlo.

Una catarata de impulsos oscuros y horribles le desbordó la mente. Una tras otra aparecían imágenes de muerte. Sintió que su furia era purificadora, maravillosa, natural y justa.

Alcanzó a ver una silueta que se recortaba contra el fondo del salón. ¿Alguien se había puesto de pie? No. Simplemente era una figura grande y maciza sentada en un lugar demasiado pequeño para contenerla.

Era un marine vestido con su armadura de combate.

Shane corrió a toda velocidad por el pasillo. Le hervía la cabeza de furia y dolor, y sus palabras quebraron el silencio mientras se acercaba.

—Te voy a matar, te voy a quemar vivo...

En su explosión de furia, no se dio cuenta de que las expresiones en las caras que lo observaban no habían cambiado. Los ojos de la multitud lo seguían a todas partes. Parecían no advertir su arrebatado.

Shane se acercaba al hombre de uniforme de combate que permanecía inmóvil. Quería saltarle encima, destrozar la armadura y destruirlo.

—Déjanos ayudar. —El marine pronunció las palabras suavemente, pero parecieron repercutir profundamente en el acceso de furia y delirio de Shane.

Éste se detuvo a pocos pasos de distancia y lo observó sin poder creerlo. La voz del marine era su propia voz.

El hombre con uniforme de combate no se había movido. Siguió mirando hacia el suelo.

—Déjanos ayudar —repitió.

Shane no sabía qué responder. La frase no tenía ningún sentido. *¿Ayudar con qué?*

—¿Quién eres?

El marine levantó la cabeza y miró a Shane a través de la placa transparente de su traje de combate. No respondió. No hacía falta. Shane miró al interior del traje y observó su propia cara, marcada por las cicatrices de la guerra.

Una verdad horrible comenzó a tomar forma en los pensamientos de Shane. Sabía la respuesta a la pregunta, pero algo le impedía darse cuenta. Algo la había mantenido apartada de su mente. La multitud silenciosa seguía contemplándolo. Solo a él. Todos los ojos estaban fijos en Shane. Le dolía cada vez más la cabeza.

—Es solo un sueño —dijo Shane. En su mente se mezclaban imágenes de algún video con médicos muy circunspectos hablando sobre los sueños.

—Representas toda esa basura oculta en mi mente de la que nunca hablo. Mi subconsciente, ¿verdad?

El marine negó con la cabeza.

—Nosotros no somos tú. Aún.

—¿Nosotros? —Dijo Shane con voz tranquila, aunque por dentro sentía todo lo contrario.

—¿*Nosotros*, quiénes?

El marine levantó un brazo y señaló el ventanal de la pared este. Shane miró en esa dirección pero solo entraba la luz del sol. Miró con desconfianza al marine y caminó hacia los ventanales. Los ojos de la multitud lo seguían.

Se detuvo poco antes de llegar.

—¿Qué es lo que estoy buscando?

—A nosotros.

—¿Y eso qué significa?

No hubo respuesta. Shane contuvo un nuevo arrebato de furia y miró por las ventanas.

Todo era una masa en ebullición. Shane creía que ese terreno era una llanura, una especie de prado con algunos árboles dispersos, pero en lugar de eso, cuando miró por la ventana, contempló un caos total, una escena salvaje de colinas y valles vivientes que formaban un solo organismo.

Shane sintió que se le aflojaba el cuerpo. Tambaleó, y solo la voluntad hizo que se mantuviese en pie.

Pequeñas criaturas de cuatro patas se desplazaban inquietas de un lugar a otro, zigzagueando entre otros organismos más grandes que se deslizaban por el suelo. Unas bestias gigantescas, de decenas de metros de altura, vagaban con pesadez. Montones de carne latiente se agitaban como brazos sin huesos, y unos enormes montículos de masa viva parecían engendrar aun más criaturas, cientos de ellas, a cada instante.

La vista se extendía más allá del horizonte. Shane podía ver que había planetas enteros plagados de estas criaturas. Muchas más recorrían el cosmos buscando nuevos hogares. La magnitud de la escena era espeluznante, sobrepasaba su imaginación, pero además su conciencia percibía la presencia de miles de millones de otras criaturas, todas trabajando en terrible armonía.

Esto eran los zerg. Todos los zerg. El Enjambre mismo. Le permitían verlo. Lo *obligaban* a verlo.

¿Nosotros, *quiénes*? había preguntado Shane. Esta era la respuesta. Eran una legión.

Shane se dio vuelta. El salón nuevamente estaba vacío, salvo por el marine en uniforme de combate. Shane no se detuvo a pensar en la multitud que había desaparecido. Se sentía tranquilo. Perfectamente sereno. Incluso sonrió.

—Nada de esto es real —dijo—. Es todo un sueño.

—No. —El marine volvió a negar con la cabeza—. Nosotros creemos que una parte de esto es verdad.

—¿Qué parte? ¿La parte en que una multitud se desvanece en el aire? ¿La parte en la que me habla un marine con mi propia cara? —La sonrisa de Shane se ensanchó.

—¿Reconoces este lugar? —El marine hizo un gesto para señalar el frente del salón vacío.

—Es el lugar en el que me gradué —respondió Shane.

—De la instrucción militar —dijo la otra criatura.

—Sí.

—¿Estás seguro?

De pronto, Shane no estaba seguro.

—Sí —mintió. Volvió a mirar todo el lugar. *Había estado* aquí, de eso estaba seguro, pero las cálidas sensaciones de orgullo y honor con las que siempre había relacionado el lugar ahora parecían diferentes, corrompidas. Perversas.

Sintió un gusto amargo en la boca mientras la leve sombra de otro recuerdo aparecía en su mente. Podía sentir un dulce olor a humo.

—Este hombre, Mengsk —susurró el marine—, ¿te habló ese día?

—Él... Sí —dijo Shane. ¿Realmente le había hablado? Recordaba haber creído que el Emperador Arcturus Mengsk en persona le había tomado juramento, pero era imposible, ¿verdad? Quizás el discurso solo se había transmitido a través de un holovideo o había sido enviado como un mensaje pregrabado. Shane no podía recordar con precisión.

—¿En persona?

—Ey —dijo Shane, enojado—. ¿Cómo es que estás en mi sueño? *¿Por qué me haces estas preguntas?*

La presión en su cabeza latía aceleradamente al ritmo de su corazón. El dolor era insoportable.

El marine tardó un poco en contestar.

—Te dijimos que esto no es un sueño.

Ya basta. Shane pateó una de las sillas vacías con todas sus fuerzas y la lanzó por los aires. Se estrelló contra otras sillas varias filas más lejos, con un ruido estrepitoso. El sonido le produjo una enorme satisfacción.

Se lastimó el pie por la patada. Los dedos también le latían al compás de la cabeza. ¿Cómo era posible que aún estuviese soñando? ¿El dolor físico no debería hacerlo despertar?

Shane alzó el dedo índice de la mano y apuntó al marine.

—Sácame de aquí. —El instinto le decía que el personaje de la armadura era responsable de esto. De toda la situación—. Si no todo esto real, nada es real. Eso significa que es un sueño. Sácame de aquí.

—No es un sueño —dijo el Shane más viejo—. Es un recuerdo.

El silencio reinó en el lugar durante un momento que pareció eterno.

—¿Un recuerdo?

—Sí.

—¿Un recuerdo que cambia?

—Sí.

—*¿Cómo es posible que un recuerdo cambie?*

—Es algo que estás recordando.

—Ah, eso *sí* lo explica todo. —Shane estaba enojado y mareado. Cada vez estaba más convencido de que este extraño Geoff Shane con ojos inexpresivos decía la verdad de la mejor forma que podía.

El dolor de cabeza era implacable. Sentía que su mente estaba por explotar. Se apoyó las manos en las sienes. El dolor lo enceguecía.

El marine se levantó lentamente. El piso crujió bajo el peso de su armadura.

—Recuerdas que Mengsk —volvió a pronunciar el nombre en un susurro— te habló, ¿verdad?

—No estaba ahí, no en persona —respondió Shane con los dientes apretados. Ahora estaba seguro.

—Pero así es como lo recuerdas. —No era una pregunta. Shane no tuvo que contestar. El marine se incorporó por completo, dominando la vista de Shane.

—¿Eso realmente sucedió?

—Está bien —gruñó Shane. Apretó las manos contra las sienes. Luchaba para no cerrar los ojos por el dolor.

—Está bien, no era real, ¿y qué?

—Ese recuerdo es falso. ¿Qué otra cosa es falsa?

Era una pregunta simple. Apenas un poco más de presión en medio de la agonía de Shane. Pero fue suficiente.

Sintió que algo se rasgaba en su mente, apenas un poco. Era como si dos manos estuviesen tirando de un grueso lienzo y la tela se abriese un poco en los lugares más débiles. Se estremeció, y la realidad pareció estremecerse con él.

Shane podía ver pequeños puntos negros flotando por el salón. Pequeñas ventanitas en el vacío profundo de la locura. Danzaban alrededor de su vista y cuando chocaban, se unían. Algunos de los puntitos crecían hasta formar enormes agujeros.

No había a dónde escapar. La oscuridad lo aplastaría. *¿Qué otra cosa es falsa?* Si la respuesta era *todo*, Shane sabía que se perdería en la locura sin remedio. Se concentró con desesperación en la pregunta opuesta: *¿Qué cosas son verdaderas?*

El salón, eso era verdadero. Eso era algo firme, un cimiento sólido. Shane se aferró a eso. La sensación de ruptura desapareció. La presión no disminuyó pero tampoco aumentó. Los agujeros quedaron suspendidos en el lugar, apenas temblando.

—Ya hemos visto esto antes con los de tu tipo —dijo el otro Shane vestido con armadura—, muchas veces. Es lógico que tengan miedo. No se regresa de... eso.

Señaló uno de los agujeros negros más grandes, que temblaba como un perro enloquecido sujeto por una soga. Quería crecer. Quería tragarse la mente de Shane. Por completo.

No se regresa. Shane le creyó. Había algo definitivo y final allí. Solo pudo susurrar:

—¿Cómo hago para detenerlo?

La respuesta fue rápida y precisa:

—Déjanos ayudar.

Shane tenía ganas de gritar *¡Sí, ayúdenme!* La presión aumentó un poco más. La oscuridad palpitó expectante.

—¿Cómo?

—Nosotros extirparemos las mentiras. Pero debes dejarnos entrar.

Los ojos de Shane se dilataron como platos. Nosotros. *Ellos.* Los zerg.

El Enjambre.

Ya estaban en contacto con su mente. Los zerg estaban aquí y le hablaban con su propia cara. Todo encajaba. Podía sentir la conexión entre el marine que estaba parado frente a él y las masas de zerg que pululaban al otro lado de la ventana. Eran una misma cosa.

—Hijo de puta. —El dolor de cabeza se hizo más agudo pero a Shane no le importó. Los agujeros negros de la realidad se agrandaron—. Fuera de mi cabeza. ¡FUERA!

Shane se concentró y atacó sin pensar de una forma que ni él mismo podía comprender. El marine en uniforme de combate desapareció al instante. Sus ojos dejaron un rastro ardiente de color púrpura en la mirada de Shane. Miró a través de los ventanales y vio que los zerg también habían desaparecido.

Sin embargo, la presión seguía allí. Incluso era peor. Shane ahora estaba realmente solo en medio del gran salón.

Cayó sobre sus rodillas, presionando las manos contra la cabeza. Se arañó el cuero cabelludo, y sintió la tibieza de las gotas de sangre que le corrían por la cara.

Voy a morir.

Un silencio atronador y punzante le taladraba los tímpanos. Shane gritó. Su propia voz le parecía débil y distante. Algunos de los agujeros negros de la realidad se agrandaron hasta llegar al techo, y siguieron fusionándose y multiplicando su tamaño con cada latido. La oscuridad final amenazaba con aplastar su visión.

Shane estaba seguro de que la presión que latía dentro de la cabeza acabaría por despedazar su mente, pero le temía más a la otra alternativa. *No los voy a dejar entrar. No.*

Se quedó expectante, con los ojos bien abiertos. En unos minutos, el salón se derrumbaría junto con los restos de cordura que le quedaban. Y eso sería lo último que vería en su vida.

Sus pensamientos giraban enloquecidos, intentando con desesperación encontrar una salida. *El salón es verdadero.* Eso lo sabía. Todo lo demás relacionado con su ceremonia de iniciación parecía borroso e insustancial. Se concentró en el salón, solo en eso. Eso sería su cimiento.

La presión se liberó y se convirtió en un río furioso que amenazaba con arrastrarlo hacia la oscuridad. Shane dejó que todo fluyese y se aferró solo a esos cimientos. La locura se abría frente ante sus ojos.

La corriente le talló canales en la mente. Shane aguantaba ese caos que levantaba capas y exponía una superficie cruda, primitiva y tersa.

Los recuerdos de la ceremonia de iniciación se hicieron jirones. Solo quedó una niebla y luego, la nada misma.

El discurso del Emperador Mengsk había desaparecido y, junto con él, los reclutas y los espectadores.

La presión se había desvanecido. *Las mentiras, también.*

Solo quedaba el salón.

Shane parpadeó.

—A continuación se dictará el veredicto del Dominio —dijo el juez desde el estrado—. Por el cargo de homicidio premeditado: culpable. Por el cargo de tortura y acciones sádicas seguidas de muerte de la víctima: culpable. Por el cargo de incendio intencional seguido de muerte de la víctima: culpable.

Con cada veredicto, los murmullos de aprobación crecían entre la multitud reunida en el salón. La luz del sol que entraba por los altísimos ventanales del lado este resaltaba la figura del criminal recién condenado e iluminaba a los oficiales del tribunal que lo escoltaban, sosteniéndolo ante el juez.

El muchacho de diecinueve años Geoff Shane, que estaba a punto de convertirse en el convicto Geoff Shane, apenas prestaba atención al juez que leía el veredicto. Secuestro: culpable. Violación post mortem de la víctima: culpable.

Cuando su abogado le dijo que lo acusarían de más de veinte delitos diferentes, Shane se rió. ¿Tantos? ¿Por esa basura?

—¿Acaso tienen que cumplir con un cupo o algo así? —le había preguntado.

Con el ceño fruncido, miró al oficial que tenía a la izquierda. Éste le apretaba el codo y le hacía una presión constante en el hombro.

—Mutilación: culpable. Agresiones físicas agravadas por el uso de drogas seguidas de muerte de la víctima: culpable.

—Te voy a matar —le susurró Shane al oficial—. Te voy a quemar vivo. ¿Te gustaría?

El oficial se limitó a mirarlo y aumentar la presión en el hombro de Shane. No parecía precisamente asustado. Shane sintió que lo invadía la misma ira de siempre. Una bruma rojiza le nubló la visión. En su imaginación, se proyectó la película de cómo chillaría ese cerdo al quemarse vivo.

Shane podía sentir los ojos de la multitud sobre él: lo contemplaban y lo juzgaban. *Como si nunca hubiesen hecho algo malo.*

—¿Qué están mirando?! —gritó Shane, y recibió una terrible cachetada del oficial que estaba a su derecha. Shane le gruñó.

—El acusado permanecerá en silencio —dijo el juez y prosiguió—. Por el cargo de incendio intencional con intención de destrucción de evidencia de un delito de máxima gravedad: culpable.

En el fondo de su mente, lejos de su aparente desdén y su creciente inquietud por la larga lista de cargos, una leve chispa de conciencia observaba el proceso judicial con un horror profundo.

Esto no puede ser verdad. Esto no puede ser lo que pasó realmente.

Mientras el juez seguía recitando cada uno de los veredictos de culpabilidad, esa misma parte pequeña de la mente de Shane intentaba negarlo todo y eliminarlo por tratarse de otra mentira o un recuerdo falso. Pero no era posible. Estos eran sus cimientos, la verdad cruda a la que se había aferrado.

Ya liberado de las mentiras, una palabra finalmente subió a la superficie: *resocialización*. El Dominio le había ocultado los crímenes y los había reemplazado por una y otra capa de recuerdos positivos fuertemente arraigados. Incluso el concepto de resocialización, y la palabra misma, habían sido guardados y enterrados hasta que el escrutinio de su mente terminó por sacarlos a la luz junto con todo el resto.

Podía ver la forma en que las mentiras habían sido grabadas encima de sus propios recuerdos, ancladas a algo firme y real. En lugar de escuchar la sentencia por asesinato, estaba parado frente al líder supremo del Dominio para prestar juramento como marine. En lugar de enfrentarse a una multitud que clamaba venganza, había hecho la promesa de servicio y había recibido aplausos. Esa bonita ficción había sido cuidadosamente modelada para no dejar prácticamente nada verdadero.

Shane necesitaba creer desesperadamente que este juicio también era mentira. El juicio no, la *condena*, porque el juicio ya había terminado. Sin embargo, todo transmitía la misma sensación de solidez y verdad que su cimiento. Todo esto era real.

Las mentiras habían desaparecido. Se habían derrumbado.

Las habían derrumbado los zerg. En la parte más consciente de su mente sonó una alarma de advertencia.

El juez finalmente terminó de leer el veredicto: culpable de los 23 cargos. Le preguntó a Shane si tenía algo para decir que pudiese mitigar la terrible naturaleza de sus crímenes, pero el muchacho de solo diecinueve años sonrió de costado y comenzó a escupir e insultar a los gritos, hasta que los oficiales del tribunal lo arrojaron al piso y le colocaron un dispositivo de metal en la mandíbula que le inmovilizó la boca.

Eso solo hizo que Shane se enfureciese aún más. Mientras seguía farfullando insultos desde el suelo, el juez dictó la sentencia y dispuso el castigo que todos pedían: pena de muerte.

Estalló un aplauso espontáneo, y el alguacil tuvo que pedir orden. Los oficiales arrastraron al condenado Geoff Shane fuera del salón para proceder a una ejecución rápida, sin apelaciones. La sentencia se cumpliría al atardecer.

Shane sabía lo que le esperaba. La parte consciente de su mente le gritaba a la memoria que se detuviese. No quería pasar por esto otra vez. *Otra vez, no.*

Lo sacaron a rastras del transporte y lo llevaron a un edificio de aspecto común. Luego, lo encerraron en una especie de elevador que comenzó a bajar a lo más profundo de la tierra.

Ya basta, por favor.

Lo obligaron a entrar en una habitación blanca, aún con las esposas puestas. Lo dejaron ahí durante horas, sin hacer caso de sus insultos, amenazas, gritos y su pánico que aumentaba a medida que se acercaba la hora de marchar a la cámara de ejecución.

La parte que se mantenía alerta en su mente sabía que no sería ejecutado. Sabía que el Dominio le había encontrado un uso mejor. Sabía que pronto entrarían los soldados y lo arrastrarían a una habitación oscura con insignias del Dominio. Lo meterían en uno de esos horribles tubos. Y luego comenzaría el dolor, y sus recuerdos cambiarían.

Esa sería su verdadera graduación. Su verdadera iniciación en el servicio del Dominio. Gritó en su mente pidiendo ayuda. Cualquier tipo de ayuda.

Y esa ayuda llegó.

Un marine con armadura de combate estaba en la habitación con él, observándolo con ojos inexpresivos. La luz era extraña. Sus ojos parecían brillar.

Los dos Shane se miraron durante un largo rato en silencio.

—Déjanos ayudar —dijo el marine que tenía la cara de Geoff Shane.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Shane con voz entrecortada.

—Somos lo que tú podrías ser.

Shane recordó el paisaje del otro lado de los ventanales del salón. Recordó los campos interminables plagados de zerg.

—¿Cómo? ¿Cómo hago para ser como ustedes?

—Pídelo.

—No.

—Déjanos ayudar —repitió el marine.

—No necesito esa clase de ayuda —dijo Shane.

—Sí la necesitas. Ya hemos visto individuos con un dolor como el tuyo antes, en otros de tu tipo —respondió el marine—, muchas veces. Parece que tus líderes lo prefieren.

Shane se sintió indefenso. La mirada inhumana del marine describía todos sus crímenes como *dolor*.

—Lo que yo hice no tiene perdón.

—Nosotros aceptamos.

La respuesta lo sorprendió con la guardia baja.

—¿Qué?

—Nosotros aceptamos.

—¿Ustedes *quieren* tipos como yo? —Eso parecía ser un buen motivo para decir que no.

—Nosotros aceptamos, como hicieron ellos.

Shane escupió. Intentó mover las manos esposadas inútilmente.

—Los del Dominio no me aceptaron. Me cambiaron.

—Sí.

Shane comprendió los dos significados encerrados en la palabra: *sí*, el Dominio te cambió, y *sí*, te aceptaron.

Cerró los ojos con fuerza. Otro concepto enterrado bajo la capa de la resocialización salió a la superficie. Recordó las figuras de marines deformados moviéndose pesadamente junto con los zerg, con armas y tentáculos, y sin ningún resto de humanidad. Esclavizados.

Infestados.

Una nueva ola de terror le invadió el estómago. El soldado de Primera Clase Geoff Shane los había visto con sus propios ojos. Había peleado contra ellos. Había observado con envidia cómo los camazotes los quemaban vivos. Los infestados no eran de temer, eran simplemente zerg. Un objetivo más para la artillería del Dominio. La resocialización no le había permitido pensar en ellos de otra forma.

Shane había combatido a los infestados en más batallas de las que podía recordar; y en todas había vencido.

No veía ningún motivo para cambiar de bando.

—Nosotros aceptamos —repitió el marine.

—No los aceptaron, los mataron —respondió Shane.

—*Ustedes* los mataron —dijo el marine. Hablaba literalmente. El propio Shane les había disparado a muchas de esas abominaciones.

—Estaban muertos antes de que me los cruzase.

—No.

—*Ustedes* los convirtieron en... *ustedes* —dijo Shane.

—Sí. Nosotros aceptamos.

—Hijos de puta, ustedes... —Shane dejó de hablar. Las palabras que acababa de pronunciar le resonaban en la mente. *Ellos los convirtieron.*

—No cambiaron de bando, no eligieron. Ustedes los capturaron y los cambiaron. —El estómago se le estrujaba de ira.

—Ellos eligieron.

Shane casi no oyó al marine. Finalmente, su mente había encontrado la conexión.

—Así que deben haberme capturado a mí también —dijo. Su voz tembló un poco.

El marine zerg que tenía la cara del soldado Shane no respondió.

—¿Dónde estoy ahora, realmente? —preguntó Shane. No hubo respuesta—. ¿Me capturaron? Despiértame, quiero ver.

—No.

Sí, fui capturado. Shane mantuvo la calma. Los humanos infestados que había visto eran deformes. Irreconocibles como seres humanos, excepto por sus dos brazos y sus dos piernas. De alguna forma, los zerg le estaban manteniendo la mente ocupada, atrapada en sus recuerdos, mientras le hacían quién sabe qué atrocidades en el cuerpo.

Quizás ya era uno de ellos. *Pero quizás no.* Shane se aferró a este último pensamiento. Quizás no era demasiado tarde. Necesitaba escapar. Si lo mantenían enterrado en sus recuerdos, dormido, sería imposible. Necesitaba convencerlos de que lo despertasen.

—Quiero ver —dijo Shane.

—No.

—Sí.

—No hasta que nos dejes ayudar.

—No —dijo Shane.

El marine se mantuvo en silencio un momento, y luego la presión de antes volvió a la mente de Shane. Solo tenía un leve rastro del dolor de cabeza, nada parecido a la terrible agonía que había sentido. La presión parecía sacudirse y girar, sin poder encontrar un lugar donde aferrarse, deslizándose por su mente con dedos débiles.

Shane sonrió. Eso no era nada. Podía resistir eso por siempre.

—Ah, ya no funciona, eh. Qué raro. Parece que no puedes usar nada más para lastimarme.

El marine no contestó, y Shane sonrió satisfecho.

—¿No pueden atrapar mi mente sin algo de resocialización de dónde agarrarse? Me pueden mantener acá abajo pero no pueden quebrarme, ¿verdad?

—Déjanos ayudar —dijo el marine zerg.

—Malditos hijos de puta. Con eso ya no me van a convencer. ¿Así es como quiebran a los marines? ¿Los llevan al borde de la locura y esperan a que entren en pánico? —Shane contempló con desprecio a su doble—. Me imagino que todo ese sufrimiento para escapar de la resocialización debe ser un buen motivador. Y ahí aparecen ustedes, ofreciendo su amistad. "Déjanos ayudar". Váyanse a la mierda.

El marine se mantuvo en silencio. A Shane no le molestaba en absoluto. Solo estaba entrando en calor.

—Casi me destrozan el cerebro. Casi me matan, pero los saqué a patadas y me ocupé yo mismo de mi propio desastre. —Y agregó un poco de sarcasmo—. ¿Es muy raro que pase esto? ¿Eso me convierte en alguien especial?

El marine finalmente respondió:

—No. Otros también actúan así.

—Necesitan que cooperemos, ¿verdad? ¿No pueden simplemente aplastarnos? Eso causa demasiado daño, ¿no? Necesitan que yo *los deje entrar*. —Shane se rio. Se sentía bien. *Al fin, le sacaba ventaja*—. ¿Sabes qué? No voy a colaborar con esto. Perdiste la oportunidad y ahora no puedes atraparme. Mátame o deja que me despierte y entonces podremos hablar. No me importa.

El marine miró hacia abajo. Parecía (*parecían*) estar pensando. Transcurrió un rato. Luego, el marine levantó la vista y sus ojos brillantes enfocaron los de Shane.

—No hay escapatoria. Podríamos obligarte si quisiéramos.

—Si pudiesen obligarme, ya lo habrían hecho —dijo Shane.

—Aún podemos.

Los ojos inhumanos se clavaron en los de Shane, que oyó cómo la voz del marine, que era su propia voz, se convertía en una fría voz alienígena. Toda pretensión de humanidad se había evaporado.

—Pero no necesitamos hacerlo. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

El marine desapareció y dejó a Shane completamente solo en la habitación blanca.

Permaneció allí durante horas. La presencia zerg nunca volvió. Los oficiales del Dominio vinieron a buscarlo y lo arrastraron en dirección a los tanques de resocialización mientras gritaba y pataleaba.

Los científicos trabajaban con aburrimiento.

Las puertas del tubo transparente se cerraron sobre la cabeza de Shane que empezó a gritar cuando el dolor finalmente comenzó, pero ni a los oficiales ni a los científicos les importaba en absoluto. Era un asesino, y algo peor. Pura escoria.

La agonía latía en su cabeza. Espontáneamente, se le aparecieron recuerdos que de la misma forma se evaporaron.

Shane no podía controlarlo. No comprendía lo que pasaba. Era su vida la que pasaba de largo mientras se retorció y maldecía.

Ahora comprendía. Los científicos habían examinado sus recuerdos. Los habían catalogado, habían encontrado los más dolorosos y los habían revivido. Solo después de eso los habían modificado.

Parpadeó. Habían empezado por el principio, que era muy doloroso.

El niño de ocho años llamado Geoff Shane cayó de espaldas en el piso, aturdido y con sangre en la nariz.

Su padre le gritaba, exigiendo una disculpa, con el puño aún cerrado. Geoff se disculpó una y otra vez. Era algo relacionado con una silla que había roto sin querer. La cabeza le latía por el dolor.

El soldado de Primera Clase Shane no solo lo estaba recordando, lo estaba reviviendo. Los pensamientos le giraban en la cabeza. Sentía la lengua hinchada y entumecida. Algunos de los dientes le bailaban en el lado izquierdo de la mandíbula. Podía oler el punzante hedor del whisky en el aliento de su padre. Se oyó a sí mismo balbucear otra disculpa, y sintió la cachetada que recibió como respuesta.

Su padre esperaba una disculpa más sincera.

—Dile que lo lamentas como si de verdad lo sintieras —le reprochó a gritos.

—*No te rías* —gimió el soldado Shane. El niño no podía oírlo. En medio de su aturdimiento, el pequeño Geoff de tan solo ocho años se rio sin temor.

—Mamá está muerta, y habría odiado esa silla —dijo el niño con una risita.

El puñetazo de su padre cortó el aire zumbando, y los recuerdos se hicieron borrosos. El soldado Shane oyó el crujido de dos costillas rotas y sintió más dolor en la cabeza. Cuando el niño finalmente despertó, sus pensamientos estaban desordenados. El miedo se había alejado por completo y, en su lugar, lo inundaban el enojo y el dolor. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos y tenía la frente bañada en sudor.

Sentía la cabeza a punto de explotar.

Su padre se había quedado dormido o se había desmayado. Daba igual. Geoff estaba parado en la puerta del dormitorio contemplando un momento el pecho de su padre, que subía y bajaba al ritmo de la respiración. Había pensado en agarrar un cuchillo de la cocina o buscar el revólver "Koprulu Especial" de su padre con culata cromada.

Su padre eructó e inundó la habitación con olor a alcohol.

El niño de ocho años se dirigió con pasos tambaleantes a la cocina y notó por primera vez la botella de whisky a la mitad sobre la mesa. Olió el líquido de color ámbar. Ya estaba decidido. El soldado Shane permanecía en silencio, anonadado.

Después de tomar la decisión, el pequeño Geoff volvió al dormitorio de su padre y vació lo que quedaba de la bebida sobre el pecho del hombre que dormía.

No. El soldado Shane intentó escapar a este recuerdo y pensar en otro, cualquier otro. Hasta trató de volver a concentrarse en su resocialización o en su condena. Con gusto habría soportado ese dolor nuevamente. Pero nada funcionó. Lo obligaban a revivir cada horrible momento.

Su padre resopló y se pasó la lengua por los labios mientras el alcohol se derramaba sobre su cuerpo, pero no despertó. El pequeño Geoff encontró el encendedor de su padre junto con los cigarros baratos de Umoja y lo encendió. Sostuvo la titilante llama anaranjada sobre su padre con la mirada fija. Luego, la dejó caer.

El pequeño Geoff se sorprendió por la lentitud con la que crecían las llamas. También se asombró de que su padre no despertase. La habitación estaba llena de humo, y el olor de las telas y la carne quemándose le causó náuseas. Salió a los tumbos y observó la escena mientras las llamas se propagaban por toda la casa, y recordó demasiado tarde que su hermanita de tres meses de edad aún dormía en su habitación.

Nunca intentó salvarla. Se sentó en silencio con la cabeza entre las manos espiando a través de los dedos, viendo cómo las llamas se retorcían.

Shane parpadeó. Estaba otra vez en el tanque de resocialización, gritando de dolor. Y de pronto, la realidad se alejó nuevamente.

Por favor, basta.

Los recuerdos avanzaron una década. El muchacho de dieciocho años Geoff Shane había conseguido llevar a una muchacha a su apartamento de mala muerte, con la promesa de regalarle un poco de snoke. La muchacha estaba bastante perdida y no hizo falta demasiado para convencerla. Después de unos minutos comenzó a dormitarse, vagando en un sueño estimulado por la droga. Eso era lo que el muchacho había estado esperando.

Shane no solo lo estaba recordando: lo estaba reviviendo. La expectativa del muchacho era su propia expectativa. El placer del muchacho era su propio placer. Era más horripilante de lo que nunca hubiera imaginado.

Ya basta. Shane sabía lo que estaba por suceder. Intentó irse de allí. Intentó dejar de mirar. Gritó en su mente pidiendo ayuda. Nada de eso sirvió. No podía parpadear si el Shane de dieciocho años no parpadeaba. No podía darse vuelta ni escaparse si el muchacho no lo hacía.

—Déjanos ayudar —dijo una voz.

El muchacho contempló la respiración pesada de la joven durante un largo rato. Le levantó un párpado y observó la pupila dilatada. La muchacha no se movió, y él la miraba fascinado. Luego encendió el fuego. Finalmente, ella se despertó. En sus ojos, abiertos como dos platos, se veían círculos pálidos que resaltaban contra la súbita luz anaranjada.

El muchacho se quedó cerca mientras las llamas se propagaban. Los gritos de la joven le canturreaban en los oídos, y los ojos de él bailaban al compás del cuerpo que se retorció en llamas.

Shane trató de despertarse. Luchó para salir a la superficie pero sintió que su mente chocaba contra un techo. Los zerg lo mantenían abajo.

—Déjanos ayudar —repitió la voz.

La piel del muchacho se ampolló y se agrietó cuando se inclinó para acercarse a la joven. Respiró profundamente. Quería sentir el aroma. No había nada tan placentero en todo el universo. Ese olor era siempre tan agradable... era el olor de una criatura viva y jadeante ardiendo en sus propios jugos.

Absorbió esa dulce y maravillosa esencia, y obligó Shane a absorberla también. Era *realmente* dulce. Era el aroma del azúcar convirtiéndose en caramelo. Siempre un poco diferente, y a la vez igual.

Shane rebotó contra la tapa del tubo una y otra vez. Cada intento le causaba dolor, pero ya no le importaba.

—Déjanos ayudar —repitió la voz.

Los gritos de la muchacha se ahogaron, pero sus débiles esfuerzos continuaron. Un olor nuevo y punzante llenaba la habitación. Las llamas crecieron con renovado vigor, y el joven Shane sonrió. El gozo y la alegría invadieron la mente del soldado Shane. Trató de apartar todo eso de la mente. Trató de odiarlo.

Se estaba mintiendo a sí mismo y lo sabía. Le encantaba. Siempre le gustaría.

—Déjanos ayudar —repitió la voz.

Un marine vestido con armadura de combate apareció ante el muchacho de dieciocho años Geoff Shane, iluminado desde atrás por las llamas del incendio, cada vez más grandes. Shane miró en lo profundo de esos ojos brillantes. Y parpadeó.

* * *

Dos estructuras seguían ardiendo a medio kilómetro de distancia, pero los últimos gritos ya se habían apagado. En el cielo y en la tierra, el Enjambre se movía a través de los restos del puesto de avanzada terran. La masa compacta de talo se expandía implacablemente y ya lamía los cuerpos de los enemigos caídos, con ansias de envolverlos y reclamarlos para sí.

Sobre las sombras flotantes de los Amos Supremos, un miembro del Enjambre se apoyó en sus rodillas. La criatura llevaba puesta la armadura típica de los marines del Dominio. Las placas de acero apenas se ajustaban a la figura humanoide deformada. Los bultos enormes de carne y los tentáculos salían por los huecos que quedaban entre las placas.

Dos ojos brillantes observaron el exterior a través del casco de la criatura. Su respiración, pesada y tranquila, se mezclaba con el humo que la rodeaba. La criatura olfateó y resopló. El aroma no era tan dulce.

Cerca, un zerguezno pasó saltando por encima de los restos calientes de un ánima del Dominio y se detuvo. La criatura más pequeña de cuatro patas miró al otro ser mientras sus mandíbulas en forma de guadaña repiqueteaban alegremente frente a la amplia sonrisa llena de colmillos.

La criatura más grande, de dos patas, miró hacia abajo y resopló profundamente con satisfacción. El Enjambre había vencido. La tarea había terminado.

Sus ojos brillantes parpadearon.